

media luna á un terrado, al cual tenían acceso también las mujeres. Allí debía de haber gran movimiento, porque allí cumplían los nazareos su voto y se efectuaban los banquetes de sacrificio; allí presentaban los padres al Señor sus hijos recién nacidos; allí se mostraban los leprosos curados al sacerdote, y alrededor había pórticos magníficos, en los cuales se interpretaba y enseñaba la ley de Dios. Encima, en el terrado de los pórticos, estaba el lugar de las mujeres en las grandes reuniones. A este espacio sagrado, rodeado de una alta muralla, conducían muchas puertas, relucientes todas de oro, siendo la más hermosa la del Este, que además de ser mayor y estar más adornada que las otras, era de oro y plata macizos y tenía en lugar de los dinteles de oro de las otras puertas, dos vigas preciosas oblicuas apuntaladas una contra otra, que la cerraban por arriba; por esto se llamaba esta puerta «la más hermosa.» Otra puerta, la de Nicanor, estaba situada hacia el Oeste, y sus hojas no eran doradas, sino hechas de precioso bronce corintio. De estos atrios se bajaba, por otra escalera elevada, al terrero exterior del templo, rodeado también de pórticos elevados cuyas grandes columnas eran de una sola pieza de mármol. Los techos eran de cedro y los suelos, tanto en el interior de los pórticos como fuera, eran de mosaico (1). Delante de las entradas del santuario exterior, y por lo mismo delante de las escaleras que conducían arriba, había un antepecho de piedra primorosamente trabajado y sobre el cual había columnas pequeñas con inscripciones en griego y en latín que prohibían la entrada en el santuario interior á todos los que no fueran judíos. Para ganar espacio para todas estas construcciones había sido menester hacer subconstrucciones gigantescas en todo lo alto de la colina, además de los trabajos de esta clase que se habían hecho ya desde antiguo.

A la inauguración solemne del nuevo templo ofreció el rey un sacrificio de tres hecatombes; y puede dar una idea de lo mucho que la religión israelita se había modificado desde el tiempo de Salomón, el hecho de que Herodes jamás puso el pie en el interior del templo propiamente dicho, porque no era de linaje sacerdotal.

La pasión edificadora de Herodes encontró sin embargo estrechos límites en el carácter sagrado de la ciudad de Jerusalén; por esto satisfizo su pasión en otros puntos de su reino y particularmente en las dos ciudades de Estratonice y de Samaria. Estas dos ciudades habían recuperado su independencia por disposición de Pompeyo, hasta que Augusto las devolvió á Herodes, y en honor del César se cambió el nombre de las dos ciudades, designándose á Estratonice con el de Cesarea y á Samaria con el de Sebaste. La primera de las dos ciudades fué transformada por grandes y difícilísimas obras hidráulicas en importante plaza marítima, y la más formidable de las torres de la muralla del puerto recibió el nombre de Druso, que era el hijastro del emperador. Del lado de la ciudad miraba al puerto una magnífica calle de casas con una elevación en el centro sobre la cual se levantaban un templo del César y las estatuas de éste y de Roma, todo lo cual podía ser visto á gran distancia desde el mar; por manera que los paganos que llegaban á Palestina por mar nada veían de la pretendida impiedad de los judíos respecto de las divinidades paganas. También se fabricaron en Estratonice un teatro y un circo de piedra, y Herodes procuró por un sistema de cloacas atender á la salud y limpieza de la ciudad.

(1) Una celebridad particular tenía la llamada *Sala Real*, formada por cuatro hileras de columnas, que se extendía por todo el ancho de la montaña desde el valle del Cedron hasta el valle de los Queseros. Esta sala era la más hermosa y á ella tenían acceso los que no eran judíos.

No menos importantes fueron las construcciones con que Herodes favoreció á la ciudad de Sebaste (Samaria). Ya antes era importante, pero Herodes aumentó su perímetro hasta 20 estadios y estableció 6,000 habitantes nuevos, en su mayor parte soldados cumplidos. En el centro de la ciudad estaba en un gran bosque sagrado el templo del César, y todavía hoy existen restos de una gran calle de columnas á lo largo de la colina. Reforzó también las obras de defensa de la ciudad. Conforme á la costumbre griega, dió á ésta y á otras ciudades de otra clase su constitución propia, y se dice que la que dió á Sebaste era particularmente práctica.

En Jericó, donde Herodes gustaba pasar temporadas, construyó un palacio, un teatro, un circo y un hipódromo, y en la montaña Dyebel-Ferdis (montaña de los Francos), situada al Sudeste de Belén y al Sur de Jerusalén, erigió una gran fortaleza que llamó Herodeion. En la importante vía que conducía desde Jerusalén á Cesarea había una antigua ciudad llamada Cabarsaba, que hoy se llama Kefer Saba. Herodes trazó esta ciudad de nuevo y la llamó, en honor de su padre, Antipatris.

Con estos trabajos quiso el rey evidentemente levantar el honor de su pueblo y ganar su cariño, á pesar de las cargas que le hacía soportar. Mostró, particularmente, su solicitud régia en una gran sequía que ocurrió en el año 25/24 antes de J. C. y que tuvo por consecuencia hambres y toda clase de enfermedades. No solamente hizo llevar trigo del Egipto sino también proporcionó ropas para los individuos. Por supuesto esto no pudo hacer olvidar las muchas transgresiones de la ley religiosa de que Herodes se hacía continuamente culpable, como sucedió, por ejemplo, poco después de aquella gran hambre. En lugar del sumo sacerdote Ananías, á quien Herodes había llamado de Babilonia, había entrado en aquel cargo Jesús, hijo de Fabes; pero ocurrió que Herodes se enamoró de la hija de un sacerdote llamado Simón, persona muy respetable, originaria de Alejandría pero establecida en Jerusalén é hijo de Boeto. Este nuevo amor hizo que Herodes destituyera resueltamente al sacerdote reinante, y nombrando en su lugar á Simón se casó con su hija, llamada Mariamne, como su anterior esposa. Probablemente á consecuencia de disgustos que este casamiento originó en la familia de Herodes envió éste á sus dos hijos de la primera Mariamne á Roma. Llamábanse Alejandro y Aristóbulo, y en Roma los admitió en su casa el conocido Cayo Asinio Polión, el amigo de Augusto, de Horacio y de Virgilio. Los dos jóvenes eran también admitidos en el palacio del emperador, el cual vió un particular homenaje de Herodes en haberles enviado y lo agradeció al parecer cediendo á Herodes algunas comarcas al Nordeste de Palestina. Estos territorios habían estado hasta entonces bajo el poder de un reyzeulo llamado Zenodoro, que había excitado contra sí por su rapacidad el odio de los habitantes de Damasco, y habiéndose estos quejado á Roma, Augusto cedió el país á Herodes con orden de establecer allí un gobierno regular. La misión era difícil, porque había de conquistar el territorio con las armas, pero Herodes salió airoso de su cometido. Esto no solamente le valió la enemistad de Zenodoro, sino también la de los árabes, á los cuales Zenodoro, en su desesperación, había vendido por 50 talentos una parte de su país, llamada Auranitis. La queja que Zenodoro presentó en Roma contra Herodes no obtuvo curso, y con los árabes procuró Herodes arreglarse amistosamente. Augusto encargó después á su yerno Vipsanio Agripa el gobierno de la mitad oriental del imperio, al Este del mar Jónico; y cuando Agripa llegó á Lesbos é internó con su ejército cerca de Mitilene, se le presentaron entre los descontentos que pedían justicia, habitantes de Gadara en la Palestina oriental, al Sur de Yarmuc, para

quejarse de Herodes; pero éste ya había presentado sus homenajes antes á Agripa, el cual envió á los acusadores presos á Herodes, que les dió generosamente la libertad. Poco después Augusto mismo llegó á la Siria y también se le presentaron los habitantes de Gadara acusando á Herodes de extralimitaciones, extorsiones y violaciones de templos; pero tampoco fueron oídos. Todos ellos tomaron la resolución extraña de suicidarse aquella noche; los unos se arrojaron desde torres y peñas; otros se echaron al río muriendo todos, y para mayor fortuna de Herodes murió entonces también su enemigo Zenodoro, que continuaba todavía en posesión del país situado entre Traconitis y la Galilea, llamado Ulatu y Paneas. Augusto lo regaló también á Herodes y éste, agradecido, elevó á su protector un templo de piedra blanca cerca de Paneas en un sitio hermosísimo, junto á una cueva sagrada al pie del Hermon, donde nace el brazo oriental del Jordán. Entonces probablemente, á consecuencia de una orden de Augusto, Herodes rebajó las contribuciones en una tercera parte, pues cabalmente por aquella época hizo Augusto todos los esfuerzos posibles para que las provincias asiáticas arruinadas se rehiciesen, y por esto dijo á Herodes que deseaba que su pueblo se repusiera del hambre pasada.

La repugnancia general que atrajo á Herodes su predilección por la civilización pagana greco-romana le obligó á adoptar un sistema riguroso de orden público. No toleró la vagancia, ni reuniones públicas ni excursiones ni comidas numerosas. En todas partes tenía policía secreta, y las personas que parecían peligrosas eran conducidas pública ó secretamente al castillo de Hircania, donde se les daba muerte. El rey mismo recorría á menudo disfrazado de particular los sitios públicos y se enteraba de la opinión de sus súbditos. También introdujo un juramento de fidelidad, pero no pudo hacerlo aceptar por las escuelas fariseas de Abtalion y de Semafas, ni por los esenios. Los dos primeros eran los que habían aconsejado á sus correligionarios la entrega de la ciudad cuando estaba sitiada por Herodes y Sosias diciendo que el porvenir pertenecía á Herodes. A los esenios protegió Herodes, según se dice, porque uno de ellos llamado Menaquem le había predicho cuando todavía era niño que sería rey, y cuando llegó á serlo, que tendría un largo reinado. Renunció Herodes al juramento probablemente porque se habría atraido demasiado odio si hubiese castigado á personas tan respetadas por su piedad, y porque su ocupación y carácter, completamente ajenos á la política, no los hacía peligrosos, á pesar de negarse á jurar fidelidad. Poco después Herodes lastimó las creencias de los judíos eruditos en la ley, y esto por ignorancia de la costumbre general. Le ocurrió dar una ley al pueblo judío, cosa nunca vista fuera de la ley de Dios, y para mayor horror de los judíos, fué una ley que impuso á los ladrones con fractura la pena de ser vendidos por esclavos fuera del país. Esto era obligar al criminal israelita á no poder ya cumplir su ley religiosa. La ley de Moisés obligaba al ladrón á restituir cuádruple cantidad de lo que había robado, y si no podía cumplir le condenaba á ser vendido, pero solo á un israelita y por seis años. No hay que decir la indignación que produjo la nueva ley de Herodes en un pueblo que no reconocía más ley que la de Dios.

En el año 18 antes de J. C. llamó Herodes á sus dos hijos que habían concluido sus estudios y que se habían hecho hombres y á quienes el pueblo contemplaba con gran entusiasmo. Augusto había dejado ya antes á la voluntad de Herodes el nombramiento de su sucesor, y conforme al deseo de éste, había nombrado á su hermano Feroras tetrarca independiente de Perea, á fin de que conservara aquel país aun después de la muerte de Herodes. Apenas habían regresado los dos jóvenes á Jerusalén cuando Salomé, la herma-

na del rey, empezó á intrigar contra ellos, como había intrigado contra su madre Mariamne. Se habló en la corte y aun en presencia del rey ya en voz baja, ya en alta voz del sentimiento con que los dos jóvenes debían de estar en casa del asesino de su madre. Herodes no fijó su atención al principio en estas habladurías; casó á los dos hijos; al mayor, Aristóbulo, con su prima Berenice, hija de su tía Salomé, lisonjeándose quizá con la esperanza de aplacar así rencores antiguos; y á su hijo menor, Alejandro, con Glafira, hija de Arquelao, rey de Capadocia.

Después de esto llegó al país Marco Vipsanio Agripa, y Herodes le recibió con grandes obsequios; le enseñó las ciudades de Sebaste y Cesarea y los castillos de Alejandreion, Herodeion é Hircania, que había fundado; y cuando Agripa entró finalmente en Jerusalén, la población salió á recibirle con aclamaciones y grandísimo júbilo. Agripa dispuso en el altar de los holocaustos una hecatombe en honor del Dios de los judíos, y después obsequió á la población con un banquete á sus expensas. Salíó luego del país, y en Lesbos Herodes le hizo una visita. En este viaje estuvo detenido mucho tiempo por vientos contrarios, pero cuando al fin pudo avistarse con Agripa, obtuvo de él la confirmación de los privilegios concedidos anteriormente á los judíos de Asia Menor, pero que no siempre habían sido respetados. A su regreso á Jerusalén expuso las ventajas obtenidas ante el pueblo, al cual con este objeto convocó á una gran asamblea; mas si su viaje había resultado ventajoso para el pueblo judío, por otra parte había aumentado las discordias en su propia familia. Los hermanos del rey asediaron á éste á su regreso con calumnias contra los dos hijos de Mariamne, diciéndole que querían vengar la muerte de su madre, y esta vez Herodes prestó más oído á las calumnias, sin duda porque sus hijos no habían observado la debida prudencia en su conducta. El hecho es que el rey decidió volver á admitir en su casa á su primera esposa Doris, con su hijo Antipatro, al cual concedió igual categoría que á los hijos de Mariamne la asmonea; y á fin de que no cediese á sus hermanos en instrucción y conocimientos, le envió á la corte romana, al lado de Marco Agripa, cuando éste regresó á Roma después de haber pasado diez años en Asia. Así las discordias de la familia de Herodes llegaron á los oídos del emperador. Herodes salió también al poco tiempo con Aristóbulo y Alejandro para la corte imperial cuando Augusto se hallaba justamente en Aquileya, al Norte del Adriático. Augusto consiguió restablecer la paz entre Herodes irritado y sus hijos, no menos irritados por la preferencia dada á Antipatro. Padre é hijos regresaron á su país reconciliados y en paz, y en su viaje de regreso visitaron en Cilicia al suegro de Alejandro, el rey Arquelao de Capadocia. En el intermedio había estallado y sido sofocada una sublevación en Traconitis, lo que no deja de ser una prueba de que Herodes sabía educar su personal. En Jerusalén volvió Herodes á reunir al pueblo y en otro extenso discurso le exhortó á la concordia, anunciando lo que había decidido respecto de la sucesión para cuando muriera y repitiendo varias veces en términos enérgicos que no pensaba enajenar ninguno de sus derechos. Había decidido que á su muerte se dividiera el reino entre sus tres hijos Antipatro, Aristóbulo y Alejandro. Esto naturalmente dió lugar á muchos y contradictorios rumores.

Poco después celebró el rey la conclusión de las construcciones de Cesarea con grandes fiestas y juegos, á cuyo brillo contribuyó Augusto en gran parte con fondos. A esto siguió la ya mencionada fundación de las ciudades de Antipatris, Cipros y Fasaes, al Este y Oeste del Jordán, y, finalmente, se acordó Herodes de que como rey de Judea le correspondía honrar la memoria de David para enaltecer el pasado de

expulsion de palacio de su madre, pero ignorando las sospechas de que era objeto él mismo. Cuando llegó á Jerusalem hallábase justamente en la misma ciudad el nuevo gobernador de Siria, el legado P. Quirinio Varo, que tan triste celebridad adquirió por su muerte en la Germania el año 9 de nuestra era. Este Varo gobernó la Siria desde el año 6 antes de J. C. hasta el año 4 de nuestra era, y en su presencia tomó Herodes declaracion á su hijo Antípatro. Habiéndose demostrado que el brebaje encontrado en casa de Feroras era venenoso, pero no que Antípatro le hubiese hecho componer ni que le hubiese enviado al difunto, le hizo Herodes cargar de cadenas. Despues la culpa de Antípatro resultó mas clara por cartas calumniosas contra Salomé que recibió Herodes, las cuales resultaron ser falsificadas por encargo de Antípatro. En vista de esto, el anciano rey solicitó la libertad de disponer de este hijo como la habia solicitado á su tiempo respecto de los hijos de la primera Mariamne.

Cuando sus enviados habian ya partido, cayó Herodes gravemente enfermo, tanto que dos escribas, Judas, el hijo de Sarifeo, y Matías, el hijo de Margalotes, que tenian gran número de discípulos, creyeron que habia llegado el tiempo de destruir el águila de oro, el gran escándalo contra la ley de Dios que Herodes habia hecho colocar sobre la puerta principal que conducia al templo. Subieron y bajaron en pleno día haciendo mil pedazos el águila de oro, como señal de paganismo y de autoridad pagana. Al saber esto el rey, enfermo en Jericó, condenó á ser quemados vivos á mas de cuarenta individuos que habian tomado parte en aquel acto y destituyó al sumo sacerdote reinante, nombrando en su lugar á Joasar, que al parecer fué hijo del otro sumo sacerdote destituido llamado Simon y nieto de Boeto. Para curarse fué el rey á los baños de la fuente Caliroe, al otro lado del Jordan, cuyas aguas van al mar Muerto. De regreso á Jericó imaginó una manera de celebrar su muerte dignamente cuando ocurriera, á cuyo fin hizo encerrar en el hipódromo de Jericó un número de personas notables de Palestina, dando orden á su hermana Salomé y á su esposo Alexas de hacer dar muerte á todas ellas cuando él espirara.

Entonces fué cuando llegó la contestacion del emperador Augusto, que dejaba á su arbitrio lo que quisiera hacer con su hijo. Herodes no utilizó esta autorizacion por el momento, pero cuando supo que Antípatro, creyendo que su padre habia muerto, habia intentado evadirse, hizole matar y enterrar sin honores en el castillo de Hircania.

Hecho esto nombró herederos de su reino á otros tres hijos que tenia de diversas mujeres, á saber: Antipas y Arquelao, hijos de la samaritana Malthace, y Filipino, hijo de una hierosolimitana llamada Cleopatra. Dejó á Arquelao el título de rey con la Judea propiamente dicha y la Samaria; á Antipas la Galilea y los territorios judíos de Perea con el título de tetrarca, y á Filipino el mismo título de tetrarca y los territorios que habia quitado á Zenodoro, á saber: la Gaulonitis, la Traconitis, la Batanea y la Panea. A su hermana Salomé dejó, además de grandes sumas de dinero, las ciudades de Jabne, Asdod y Fasaelis.

Habiendo así expresado su última voluntad, murió Herodes en el año 4 antes de J. C., cuatro días despues de haber hecho matar á su hijo Antípatro. Salomé se apresuró á dar libertad á los presos del hipódromo, y despues se comunicó al ejército la noticia de la muerte del rey y se le leyó una última exhortacion del difunto en la cual le daba las gracias por la fidelidad y el amor que le habia mostrado y le rogaba que con igual fidelidad y amor sirviese tambien á su hijo el rey Arquelao. Leido esto, Tolomeo, el guardasellos, levantó el sello del testamento y lo leyó, añadiendo la observacion de que

faltaba la confirmacion del emperador; lo cual no impidió que el ejército aclamara en seguida al rey Arquelao.

El entierro del rey Herodes fué magnífico. En un féretro de oro guarnecido de piedras preciosas de colores y sobre una rica alfombra yacia el cadáver envuelto en un manto de púrpura, la venda real ceñida á la frente, teniendo encima una guirnalda de oro y en la mano derecha el cetro. Así, rodeado de sus parientes, seguido de 500 criados que llevaban preciosos perfumes y de todo su ejército, armado con sus mejores armas, fué conducido á su castillo de Herodeion, donde se le dió sepultura.

Háse dado á este hombre el epíteto de Grande y hasta cierto punto con razon, si se miden los hombres por el ideal que les inspira. El ideal de Herodes era encajar á su país en el cuadro del imperio romano y en el movimiento de la civilizacion greco-romana. Por supuesto, este era en gran parte trabajo perdido, pero trabajo necesario. El pueblo judío, tal como lo querian los escribas de Palestina, no podia existir como pueblo independiente y político en medio del mundo greco-romano; y sin embargo, Herodes supo conservar el alma de su pueblo, que era su religion, fuera de algunos errores pequeños. Acometió la grande empresa de fundir las tradiciones judías con las formas paganas, y la realizó construyendo un santuario en Jerusalem que satisfizo al mismo tiempo al gusto de los judíos y al de los griegos. En general, por sus bien ideadas obras, por su buena administracion y su sabia política, supo darse y dar á su reducido pueblo una importancia en la corte imperial mayor que la que pudo conseguir ningun rey judío. Los rodeos de que se sirvió y los sangrientos sucesos que ocurrieron en su familia arrojan una sombra lúgubre sobre la memoria de Herodes; pero no debe olvidarse que era hijo de su tiempo, y que este tiempo chorreaba sangre. Destruyó la familia de los Asmoneos cuando esta familia se habia casi aniquilado completamente á sí misma; y si mandó ejecutar á una esposa y tres hijos y echó de su casa á dos otras esposas y á un hijo, su crueldad, al mismo tiempo que causa indignacion, produce un sentimiento de lástima. Pero no son estas disensiones domésticas la parte mas trágica de su vida, parte trágica que consiste y consistió ciertamente para él en que su pueblo no comprendió el don de la civilizacion greco-romana que Herodes quiso proporcionarle, ni él tampoco por su parte comprendió el ideal de un pueblo santo de Dios, ideal que latía en los corazones mas nobles del pueblo. Contentó al comercio dotando á Cesarea de un excelente puerto y abriéndole buenos mercados en las ciudades paganas de Palestina, sin contar que á los comerciantes judíos en otros países les fué muy útil el respeto que rodeaba al nombre de su rey; pero los espíritus mas profundos de su pueblo, á quienes él no comprendió, tampoco comprendieron sus propósitos.

CAPITULO V

EL PUEBLO JUDÍO EN TIEMPO DE LOS DESCENDIENTES DE HERODES EL GRANDE.

1. Arquelao y los Procuradores en Judea.

Cuando hubieron pasado los siete días de luto que fija la ley judía en los casos de muerte, dió Arquelao, el hijo de la samaritana Malthace, la acostumbrada comida de funerales en honor de su padre, y despues entró vestido de blanco en el santuario, donde se sentó en un trono de oro. Aunque no podia proclamarse todavía rey ni encargarse del gobierno, hízose aclamar como rey futuro y oyó los deseos de su pueblo, que reclamaba rebajas en la contribucion, una modifica-

cion en la recaudacion de los impuestos y la libertad de los presos. Arquelao prometió todo lo que pudo, y ofreció despues un sacrificio de gracias que concluyó con un banquete alegre. Entonces se le presentó una multitud de judíos que reclamaron venganza por la muerte de aquellos á quienes Herodes habia mandado ejecutar por haber destruido el águila de oro del templo, y además pidieron en lugar del sumo sacerdote instituido por Herodes, otro mas conocedor de la ley y mas puro en concepto levítico; prueba de que faltaban estas cualidades á Joasar, el nieto de Boeto. Arquelao se esforzó en vano para darles á entender que debian esperar su regreso de Roma, donde le era preciso recibir la confirmacion del emperador antes de disponer nada. No sirvieron estas reflexiones; los solicitantes no se marcharon del templo y su terquedad fué tanto mas peligrosa cuanto que la ciudad estaba próxima á tener en su seno innumerables forasteros con ocasion de la Pascua. Tan grande se hizo la aglomeracion de descontentos, que Arquelao dió orden á un tribuno de contener con su cohorte á la multitud turbulenta y gritadora. Esto dió ocasion á una escena horrorosa: la multitud recibió á la tropa á pedradas é hirió mortalmente á la mayor parte de los soldados: el tribuno, con algunos, se salvó, pero herido, y entonces ya no hubo contemplaciones. Arquelao puso en movimiento todo el ejército, infantería y caballería, contra los revoltosos; estos, creyendo que la pasada refriega no tendria consecuencias, habian continuado tranquilamente ofreciendo sus sacrificios cuando de pronto se vieron embestidos por la infantería de Arquelao, que los acuchilló sin misericordia. Los que lograron salir del templo y llegar al campo, fueron alcanzados y muertos por la caballería. Se dice que en esta jornada murieron unos 3,000 judíos. Apaciguado que fué el alboroto, Arquelao mandó por medio de un heraldo que todos los forasteros salieran de la ciudad y regresasen á sus casas, y así acabó esta Pascua.

Inmediatamente toda la familia de Herodes se partió para Roma á fin de obtener la confirmacion del testamento de su padre. En Cesarea se encontró Arquelao con una visita que no le agradó mucho: era la del cuestor romano Sabino, que iba con el encargo del emperador de inspeccionar la herencia de Herodes. En atencion á las constantes disensiones entre los individuos de esta familia real, era de prever que la muerte del jefe diese origen á grandes desórdenes; de suerte que era una disposicion muy acertada del emperador Augusto la de enviar inmediatamente un funcionario para mantener el orden en aquel país tan difícil de gobernar. Arquelao consiguió por la mediacion de un hermano de Nicolás de Damasco llamado Tolomeo, que el legado de Siria Quintilio Varo fuese personalmente á Jerusalem para arreglar las cosas y que el cuestor Sabino se quedara por lo pronto en Cesarea y no ocupara en seguida los castillos y tesoros de Herodes. Despues de la partida de Arquelao y de Varo, que de tres legiones dejó una en Jerusalem, se trasladó á esta ciudad Sabino, ocupó el castillo y el palacio real; pidió cuentas á todos los funcionarios del reino y tomó las providencias que quiso respecto de las fortalezas. En particular procuró saber con grandísimo celo y empleando un numerosísimo personal el paradero de los tesoros de Herodes, todo lo cual hizo seguramente por encargo ó con el asentimiento de Varo. Esto irritó al pueblo mucho mas de lo que ya lo estaba; y si la fiesta de Pascua habia sido desdichada, no lo fué menos la de Pentecostés, en cuya ocasion el número de los forasteros fué inmenso. La Pascua sangrientamente turbada, la curiosidad, la irritacion, la contienda, todo contribuyó á aumentar el número de forasteros hasta lo increíble. Dividieronse en tres huestes alrededor del templo: una ocupó el hipódromo al Sur de la montaña del templo, la segunda hueste acampó

al Oeste del castillo, y la tercera se situó al Norte de la montaña.

Sabino conoció luego el peligro que amenazaba y para dirigir la batalla subió á lo alto de la torre de Fazel, nombrada así por Herodes en honor de su hermano que pereció en la batalla contra los partos. Los romanos procedieron al ataque esta vez exactamente como los soldados de Arquelao en la fiesta de Pascua; y los judíos tomaron posiciones en los terrados de los pórticos alrededor del templo, desde donde arrojaron piedras á los soldados. Estos contestaron con teas encendidas que comunicaron el fuego á las vigas y techos de madera de cedro de los pórticos, y los judíos que estaban encima perecieron miserablemente. Entonces los soldados romanos se lanzaron sobre el tesoro del templo, del cual sacó Sabino cuatrocientos talentos; pero se engañó si creyó que con esto estaba todo concluido, porque los judíos que quedaron aptos para el combate se agruparon delante del castillo real y amenazaron incendiarlo si Sabino no se retiraba. En esta situacion pocos oficiales de Herodes quedaron fieles á los romanos; la mayor parte se pasó con su gente á los sublevados. Al propio tiempo se levantó la poblacion de las provincias; en el Mediodía recorrió la Idumea una partida de 2,000 soldados viejos de Herodes que combatieron á los herodianos acaudillados por Achab, sobrino de Herodes el Grande. En el Norte Judas, hijo de Ezequías, que era aun muy jóven cuando su padre fué muerto por Herodes, reunió una partida de bandidos con la cual tomó el palacio real de la ciudad de Séforis, en Galilea, donde encontró armas y dinero, y de esta manera trató de libertar la Palestina. En Jericó Simon, gallardo esclavo de Herodes, con una partida de hombres se apoderó del castillo y del palacio de aquella ciudad y los saqueó, destruyendo todos los monumentos que en ellos encontró. Contra él marchó Grato, oficial que habia sido de Herodes y uno de los que habian quedado fieles á Sabino. Grato derrotó á Simon, el cual cayó prisionero y fué decapitado luego. Otra partida redujo á cenizas el castillo de Amato, construido tambien por Herodes. Particularmente peligroso se hizo un pastor de Judá, llamado Atrongas, al cual probablemente la leyenda de David le habia hecho perder la cabeza. Él y cuatro hermanos suyos reunieron una numerosa tropa; el pastor se hizo titular rey; celebró grandes consejos de guerra, hizo matar á un centurion romano con cuarenta soldados y turbó durante mucho tiempo el país sin que nadie se opusiera. Hasta dónde contribuyó á todos estos desórdenes la idea religiosa y en particular mesiánica, no se puede saber ya; pero mucho debió de contribuir cuando un pastor se atrevió á ponerse como rey á la cabeza del pueblo para libertarlo de la opresion extranjera. Además, todos estos disturbios eran evidentemente reacciones vigorosas contra las tentativas del difunto Herodes para hermanar el espíritu del pueblo judío con el de la civilizacion greco-romana. Mucho contribuyó tambien á estos sucesos el insoportable peso de las contribuciones, que habian reducido á un gran número de personas á la miseria, porque todos aquellos palacios-castillos de Jerusalem, Jericó, Séforis y Amato, contra los cuales se dirigió el odio del pueblo, habian sido construidos ciertamente con el sudor popular, y el pueblo aprovechó la primera ocasion para reducirlos á cenizas, lo cual, por supuesto, le costó muy caro.

Sabino, no sabiendo qué hacer en Jerusalem, envió un mensajero tras otro á su superior Varo, el gobernador de Siria, el cual convencido de que sin su presencia nada se haria, se dirigió con toda su fuerza armada disponible, la tropa romana y la de los aliados, contra la Palestina. En Tolemaida revistó sus tropas y desde allí envió una parte al Este, donde redujo á cenizas la ciudad de Séforis, cuyos habitantes fueron vendi-

su pueblo, y erigió un soberbio monumento de mármol sobre del pretendido sepulcro de David. Su objeto era mostrar al mundo pagano ilustrado las glorias pasadas de la historia de Israel, como hicieron en el terreno literario y científico tantos historiadores judíos de Alejandría. Sin embargo, muy poco se lo agradeció el pueblo judío, el cual atribuyó la construcción de su monumento de David á remordimientos de conciencia por haber saqueado, según se decía, aquel venerable sepulcro. Por otra parte, quizás los amigos romanos del rey le tenían lástima porque empleaba tanto trabajo y hacia tantos gastos estérilmente. También mostró su liberalidad en el extranjero. En las islas de Rodas y de Chio fueron muchas las obras que ejecutó en beneficio de estas poblaciones, y en Antioquía abrió al través de toda la ciudad una extensa calle flanqueada de pórticos de mármol con los suelos de mosaico. Todo esto se hizo, como se comprende, á expensas de sus súbditos y exclusivamente para aumentar su propia fama.

Entretanto se habían ido aglomerando las nubes de tempestad sobre su casa y familia. Su hermano Feroras había obtenido de él, con la aprobación del emperador, el título de tetrarca y cien talentos de renta de su puerto importante; además le había casado Herodes con su cuñada, y después de la muerte de ésta le había prometido su propia hija. Sin embargo, no se efectuó este segundo casamiento por causa de las relaciones vergonzosas que llevaba Feroras con una esclava, y Herodes dió su hija á un sobrino suyo, hijo de su difunto hermano Fazael. Después de algun tiempo creyó el rey que á su hermano Feroras le había pasado su pasión por la esclava y le ofreció por esposa á su hija menor Cipros, bajo la condición de que repudiara á la esclava y de que no tendría mas relaciones con ella. Feroras despidió á la esclava, pero no supo abandonarla del todo, y no se efectuó el casamiento propuesto. Feroras, á consecuencia de esto, excitó á Alejandro contra su padre el rey, diciéndole que estaba prendado de su nuera Glafira, la hija del rey de Capadocia y esposa de Alejandro. Este comunicó francamente sus sospechas á su padre y se puso en claro que todo era una calumnia de Feroras y Salomé, los cuales recibieron una severa reprensión. No tardó en presentarse una complicación nueva: Salomé, viuda de su segundo marido Costobar, el idumeo, se enamoró de Sileo, ministro del rey árabe Obodas, que á su paso por Jerusalem había sido invitado á la mesa del rey. Pronto corrieron voces extrañas y al cabo de pocos meses volvió á presentarse en Jerusalem este ministro árabe, solicitando á Salomé por esposa. Herodes no habría tenido inconveniente en acceder á su deseo si Sileo se hubiese hecho judío; pero el árabe, al cual ya no debió de gustar tanto la hermana del rey como la primera vez, dijo que los árabes le apedrearían si tal hiciera, y Herodes, por su parte, dijo que no podía ultrajar las creencias de su pueblo dando por esposa su hermana á un pagano. Así acabó este asunto, que solo sirvió para dar pasto á las malas lenguas á costa de Salomé, lo que causó mucho disgusto al rey.

Entretanto Herodes pensó en casar á su hija Cipros. Había querido casarla con su hermano Feroras y luego prefirió darla á su sobrino, hijo de Feroras, que llevaba el mismo nombre que su padre, en lugar de su otro sobrino hijo de su hermana Salomé y de su difunto esposo Costobar. Tras este asunto vino otro muy repugnante. El rey tenía tres eunucos muy guapos, copero, criado y camarero, que gustaron mas de lo permitido á Alejandro, el hijo del rey. Herodes lo supo y los tres eunucos, sujetos al tormento, confesaron el delito y añadieron que Alejandro les había hecho grandes promesas, diciéndoles que esperaba estar pronto en el trono. Esto bastó para excitar las sospechas del rey y para

dar lugar á nuevas causas y persecuciones; varios de los amigos de Alejandro espiraron en el tormento sin que sus confesiones hubiesen satisfecho al rey; pero finalmente uno confesó que Alejandro le había dicho que su gran estatura y destreza en el tiro del arco le causaba gran disgusto á causa de la suspicacia del rey su padre, delante del cual procuraba ocultar las dos ventajas. Continuando el tormento confesó además que Alejandro se había propuesto con su hermano Aristóbulo matar á su padre en la caza y solicitar después del emperador la corona de Judea. Esta declaración y una carta de Alejandro dirigida á su hermano Aristóbulo, y en la cual se quejaba de las grandes rentas de su hermanastro Antípatro, determinaron á Herodes á poner preso á su hijo Alejandro. No por eso cesaron las causas criminales ni los tormentos, por los cuales supo el rey que Alejandro tenía proyectado huir á Roma para acusar allí á su padre de connivencia peligrosa con el rey de Partia, y que se había preparado para él veneno en Ascalon; lo cual dió lugar á activas pesquisas sin que se encontrara el tal veneno. Alejandro aprovechó entretanto los ocios de su prisión para escribir una vasta memoria en cuatro capítulos, en la cual rebatía las acusaciones y al propio tiempo presentaba bajo un aspecto muy poco favorable á Feroras, el hermano del rey, á Salomé y á otras personas inmediatas al rey. Respecto de Salomé, tuvo Alejandro en su memoria la poca nobleza de decir que contra su voluntad, le había ella hecho una visita nocturna. Todas estas noticias causaron, naturalmente, grandísimo disgusto á Herodes.

Hallándose las cosas en este estado, llegó á Jerusalem el rey Arquelao, el cual habiendo tenido noticia de la prisión de su yerno por sospechas de haber conspirado contra la vida de su padre, acudia con el objeto de llevarse á su hija, divorciándola de un hijo tan desnaturalizado. Esto obligó á Herodes á volver en sí, comprendiendo que siquiera por atención al extranjero debía guardar alguna mas moderación con sus hijos. Se echó la culpa de todo á Feroras, el cual después de humillarse públicamente con cierto aparato, fué perdonado; el hijo fué puesto en libertad y Arquelao recibió de Herodes valiosos presentes y contento del feliz éxito del asunto regresó á la Capadocia. Este feliz éxito fué debido á lo siguiente: Arquelao había informado al emperador de cuanto sucedía antes de su llegada á Jerusalem, lo cual, sabido por Herodes, le determinó á pasar á Roma. No se sabe el resultado de este viaje, pero lo cierto es que el emperador Augusto se mostró disgustado de Herodes por algun tiempo; pues durante la ausencia de este último estalló una nueva sublevación en Traconitis, cuyos habitantes no querían acostumbrarse á la vida de labradores á la cual les había obligado Herodes, su nuevo señor.

La nueva sublevación era especialmente peligrosa porque estaba apoyada por el árabe Sileo, irritado contra el rey de Judea por no haber obtenido por esposa á su hermana Salomé. De regreso á su país, Herodes marchó con fuerza armada contra aquellos habitantes, que viéndose estrechados se refugiaron en territorio árabe, donde Sileo puso á su disposición un castillo. Herodes pidió su extradición y al propio tiempo el tributo que Sileo debía á Obodas, el rey árabe. Sileo entonces marchó á Roma y presentó queja contra Herodes. Este, entretanto, penetró con sus fuerzas en el territorio árabe, donde destruyó el castillo de los bandidos y libró una batalla á los árabes en la cual quedó vencedor. Entonces recibió impensadamente del emperador Augusto una severa reprensión, pues la carta del César empezaba con estas palabras características: «Antes te hablé como á un amigo, pero ahora te hablo como á súbdito.» La situación de Herodes era difícil, pues teniendo los árabes noticia de la carta

del emperador, se envalentonaron. A esto se agregó que justamente entonces murió el anciano Obodas, sucediéndole en el trono un joven llamado Eneas, pero que como rey llevó el nombre de Aretas, al cual Sileo quiso disputar el trono. En esta situación se vió Herodes imposibilitado de restablecer el orden y resolvió enviar á Roma á Nicolás de Damasco, su cronista, que escribió después la historia de Herodes. Este Nicolás defendió tan bien á su amo y habló tan mal de Sileo y del nuevo rey Aretas, que el emperador se hallaba ya decidido á unir la Arabia á la Judea bajo el mando de Herodes cuando llegaron nuevas noticias de Palestina que impidieron la realización del proyecto de Augusto.

Herodes había hecho prender esta vez á sus dos hijos, Alejandro y Aristóbulo, á pesar de la intervención renovada del rey de Capadocia, por denuncia de un entremetido, el espartano Euricles, que durante cierto tiempo vivió en Jerusalem donde halagaba y calumniaba á todo el mundo. A esta denuncia se unieron las declaraciones de dos guardias del rey que habían excitado las sospechas de éste porque vencedores en una lucha con gente de Alejandro, habían sido premiados por Alejandro mismo. Hubo también conocimiento de una carta de Alejandro en la cual se pedía al gobernador del castillo de Alejandria que le admitiera en él cuando hubiese ejecutado su designio; y por último, se agregó á todo esto una contienda entre Aristóbulo y su suegra y tía Salomé. Esta vez pidió Herodes al emperador autorización para proceder libremente respecto de sus hijos. Puede juzgarse de la opinión del emperador por lo que dijo respecto de Herodes, aludiendo á la prohibición judía de comer carne de cerdo: «Mas quisiera ser cerdo de Herodes que hijo suyo.» Sin embargo, no quiso negar la petición y determinó que Herodes reuniera en Berito, ciudad marítima de Siria, un tribunal compuesto de ciudadanos romanos para que juzgara á los dos príncipes desobedientes. Quiso el emperador que figuraran en el tribunal en el número de jueces el gobernador romano de Siria y el suegro de Alejandro, el rey de Capadocia. Herodes cumplió el deseo del emperador, menos en lo tocante al rey de Capadocia, á quien no admitió. Delante del tribunal, compuesto de 150 hombres, presentó Herodes su acusación en ausencia de los dos acusados, y ofreció como pruebas cartas de las cuales resultaba que los hijos estaban indignados contra su padre y que se habían propuesto huir. Acaso también pudo presentar pruebas de una conspiración contra su vida. El resultado fué que el tribunal condenó á los dos hijos á muerte, si bien algunos de los jueces aconsejaron al rey que perdonara á sus hijos por razones políticas y morales, y por su parte tampoco Herodes estaba decidido á ejecutar la sentencia. En Tiro volvióse á reunir con el rey su historiador Nicolás, que tan bien le había defendido en Roma, y al oír Herodes lo que Nicolás le dijo respecto de la opinión corriente en los altos círculos de Roma, se habría resuelto seguramente á moderar su enojo si un nuevo accidente no hubiese excitado otra vez su ira. Un valiente soldado y un barbero traidor fueron causa de que este nuevo episodio sangriento de la vida doméstica de Herodes acabara como los demás. El soldado, llamado Teron, solicitó una audiencia, en la cual reconvino al rey por su conducta respecto de los dos príncipes asmoneos tan venerados por todo el pueblo, y el barbero Trifon, al ver al rey indignado le contó que Teron le había propuesto que cortase al rey la cabeza cuando le afeitara. Se aplicó el tormento y se descubrió la complicidad de los príncipes en este plan, pero también la del barbero Trifon. El resultado fué una ejecución en masa en Cesarea: Alejandro, Aristóbulo, Teron, Trifon y trescientos partidarios de los dos príncipes fueron degollados. Los cadáveres de los príncipes fueron traslada-

dos por órden de Herodes, durante la noche, á Alejandria, donde estaban sepultados un gran número de asmoneos. Esto sucedió por el año 9 antes de J. C.

Antípatro, el mayor y el mas preferido de los hijos de Herodes que quedaban, se creyó sucesor del trono de su padre. Distribuyó regalos á muchas personas y sobre todo los recibieron muy ricos los grandes romanos; pero todavía quedaban los hijos de los dos príncipes asmoneos. De Alejandro y Glafira existían tres hijos varones, y Aristóbulo había tenido de la hija de Salomé tres hijos varones y dos hembras. Herodes había devuelto á su padre su hija Glafira, pero sus hijos quedaron en la corte de Jerusalem y Herodes se cuidó de su educación y los casó á su tiempo. Al hijo mayor de su hijo Alejandro desposó con la hija de Feroras; á un hijo de Aristóbulo con una hija de Antípatro; á un hijo de Antípatro con una hija de Aristóbulo, y á la otra hija de Aristóbulo con su propio hijo Herodes, que había tenido de Mariamne, la hija del sumo sacerdote reinante Simon. Estos desposorios no fueron del gusto de Antípatro, cuyos hijos debían casarse con los hijos del príncipe asmoneo, y le pareció también peligroso que Feroras, el poderoso hermano del rey, fuese suegro de un nieto de Herodes que como descendiente de mas edad de la familia real asmonea y como nieto del rey de Capadocia podía disputarle fácilmente la sucesión en Judea. Antípatro consiguió, por tanto, que el rey modificara su disposición y que diera la hija de Feroras al hijo de Antípatro, y al hijo de éste la hija de Aristóbulo. Salomé, la hermana del rey, fué casada en terceras nupcias con un tal Alexas; mas todo esto no restableció la paz en la familia del rey. La mujer de Feroras, queriendo hacer olvidar su baja extracción, procuró hacerse un gran nombre entre los devotos de Palestina, para lo cual cometió la imprudencia de pagar de su bolsillo las multas á que Herodes había condenado á los fariseos que se habían negado á prestarle y prestar al emperador el juramento de fidelidad. Herodes, indignado, prohibió á todos el trato con aquella mujer, y en esta ocasión cayeron bajo el hacha del verdugo muchas cabezas de fariseos. Feroras, á su vez, no quiso repudiar á su mujer, rasgo por cierto muy noble al cual contestó Herodes enfrenando su indignación y limitándose al simple destierro de su hermano á su tetrarquía, al otro lado del Jordan. Algo después cayó Herodes enfermo é hizo llamar á este hermano suyo, pero Feroras no obedeció. Invirtiéronse los papeles; enfermó Feroras y Herodes, restablecido ya, le fué á visitar; pero pocos dias después de su llegada murió Feroras, y su muerte dió lugar á nuevos horrores. Herodes le había hecho enterrar con todos los honores en Jerusalem y entonces se presentaron ante el rey dos libertos de Feroras solicitando que el rey hiciera investigar si Feroras había muerto envenenado, quizás por su esposa. Herodes accedió y se encontró en efecto veneno, pero resultó que era Antípatro quien se lo había dado á Feroras para que envenenara á Herodes. Antípatro estaba á la sazón en Roma para hacer confirmar por el emperador el testamento de su padre, en el cual éste le había nombrado heredero inmediato, y heredero en segundo lugar á su hermano llamado Herodes, que era hijo de la segunda Mariamne. Descubierta la conspiración del envenenamiento, Herodes anuló el citado testamento y desterró, no solamente á Antípatro, sino también á su madre Doris, á Mariamne y al hijo de ésta el joven Herodes como cómplices de la conspiración. Otra consecuencia de ésta conmovió profundamente á todo el pueblo judío, porque el padre de Mariamne, el sumo sacerdote Simon, hijo de Boeto, fué destituido y nombrado en su lugar Matias, natural de Jerusalem é hijo de Teófilo. En esta situación regresó Antípatro de Roma; en el camino supo la muerte de su tío, y luego la